



# MI MARTÍ CONTIGO

■ Por Mercedes Rodríguez García



El primer Martí me llegó de niña, ¡muy niña!, junto con una caja de 24 colores: «Para Mercy, duran toda una vida, cuidalos». Así decía la tarjeta que —con exquisita grafía— colocó dentro de un sobre adjunto mi tía Olga, por entonces maestra rural en Sagua la Chica. Leí machaconamente, como leen los niños cuando están aprendiendo.

Una segunda recomendación —tan dulce como autoritaria— me llegaría de inmediato en su propia voz: «Aquí tienes una hoja de papel, dibújame al Apóstol de la independencia de Cuba». «Pero ¿ahora mismo, tía?», le pregunté con el tono más fastidioso que recuerdo. «Sí, ahora mismo; ven, vamos a sentarnos a la mesa».

Sentí deseos de devolverle aquel precioso estuche que me hubiera gustado estrenar tirada en el piso, coloreando cuando tuviera deseos, pintando lo que me viniera en ganas. Pero fui. Y salió él, desproporcionado y bigotudo, en medio de un jardín con flores.

Mi segundo Martí vino en un libro: *La Edad de Oro*, regalo también de otra tía, Mary, dependienta en una tienda de ropa, el día de mi quinto cumpleaños, y con una sola condición: «Es para ti, para tu prima y tu hermano». De modo que el ejemplar permaneció siempre al alcance de ellos, y además, de los amiguitos del barrio que por las tardes venían a jugar a la escuela, en la cual invariablemente yo hacía de maestra.

Mi tercer Martí fue rojo y dorado, impreso

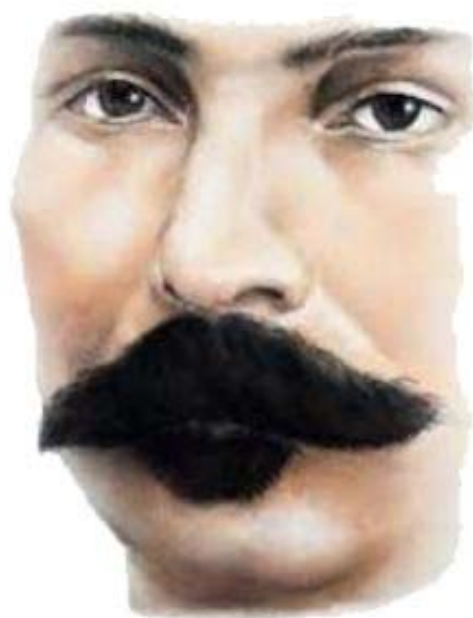
en un diploma. Me lo gané cursando el sexto grado, cuando en el primer semestre de clases salí vanguardia del grupo de la señorita Georgina Irastorza.

El cuarto lo compré en una quincalla: un cuadrito de pequeño formato, por solo 50 centavos. Los había de Maceo, Céspedes, Agramonte, Gómez, La Caridad, San Lázaro, Santa Bárbara, Mickey Mouse, Pato Donald, Lazie, Rin Tin Tin, pero el dinero solo alcanzaba para uno.

Sin embargo, el que más recuerdo me lo dejó Martica Ubals, mi compañera de secundaria, cuando se fue de Cuba y nos despedimos en la plaza del mercado, que en menos de un año sería Coppelia. Lo colgué en mi cuarto y allí estuvo hasta que una foto de Camilo ocupó su lugar debajo del cristal. Mi madre decía que ya había muchos Martí en la casa, y mi padre, que hacían falta más Martí en la calle.

El sexto lo compré en la recién estrenada librería Pepe Medina. Ya estudiaba en el preuniversitario Osvaldo Herrera, y muy pocos entendían mis desafueros por The Beatles, que para la «gran cátedra» no era más que una banda diversionista, y nada tenía que ver con el idioma que el profesor Mauro de la Torre me repasaba en «secreto» con ejemplos extraídos de *Mister Postman*, *Yellow River*, *Sgt. Pepper's* o *Lady Madonna*.

Ese, mi Martí más lindo, el de Jorge Arche, paisaje rural de fondo, vestía de guayabera, y como El Sagrado Corazón de Jesús en eso de llevar la mano al pecho,



resultaba a mi ojo —afinado por la pintora Aida Ida Morales en sus clases de Artes Visuales— un Martí icónico, sublimado: el de «con los pobres de la tierra», el de «con todos y para el bien de todos», el que años después, en la Universidad, me revelara como un Martí seminal el doctor Ordenel Heredia.

Otro Martí, de busto en bronce, estaba en casa, en posesión de mi abuelo, antes

de yo nacer, calzando adeudos sobre el aparador. Un día desapareció y apareció luego en una caja, entre sus cosas de muerto. Pasó a mi padre que lo cedió por derecho justo a su hermana, la maestra, que lo llevó a su escuela en la montaña.

Martí volvió. Lo traje chamuscado. Fue lo único que no se quemó cuando los alzados prendieron fuego al cañaveral del fondo. Lo limpié con agua, detergente y franela. Apenas le quedó la pátina del tiempo. Martí fue mío. Desde el librero vio crecer a mis niños, disfrutó mis fiestas, mis lutos, mis desvelos nocturnos apremiada por el cierre. Ese ha sido mi Martí más íntimo y valiente. Fundacional, vigila ahora la casa de mi hijo, los pasos de mi nieta.

Y tengo más Martí: Martí moneda conmemorativa por el centenario de su natalicio, y otros Martí valores numismáticos, y muchos Martí libros, obras completas, grabados y recortes de Bohemias invaluable. Y algunos que me enervan y me salvan de odios y egoísmos. Martí romántico, didáctico, político, poético. Martí sol, Martí rosa, Martí abeja, Martí ojo del canario...

¡Ah!, cuánto tiempo ha pasado. Martí dibujado, aprendido, querrellado, heredado, compartido, interpretado, desde que era niña, ¡muy niña! Martí necesario, imprescindible, entrañable, enraizado, avizor, eterno. Es mi Martí. El que me va por dentro y quisiera compartir contigo.



■ Por Liena María Nieves Portal

## Santa y clara, pero bien pensada

Quienes nacimos entre estas calles estrechas y bajo la nube de oscuros aleteos que cada tarde baja de los campos y busca abrigo sobre nuestras cabezas en el parque Vidal, sabemos de memoria que el rostro de la ciudad muestra tantas alegrías como heridas. De la pulcritud de antaño solo subsisten memorias; las estrategias prometen, pero no alcanzan, y de un año al otro la gente vio crecer parques sin árboles, sin espacio y sin niños donde antes hubo una casa colonial o una tienda de víveres.

El goteo del deterioro, la ausencia de un Historiador y de una Oficina del Conservador, e inversiones tardías y tan dilataciones como el tapiz de Penélope, han vejado la gloria de edificaciones magníficas que hoy enmudecen entre la ruina y el olvido. A pesar de su condición de capital provincial, Santa Clara adolece de áreas recreativas, culturales y de servicios más favorables a las necesidades y características de la población, y ante ausencias increíbles como la de un cine con todas las de la ley, solo nos resta bajar la frente y aceptar, en parte, las críticas de quienes la tildan de aldea con aires de metrópoli.

De acuerdo con el plan de ordenamiento realizado en 2014 por la dirección municipal de Planificación Física, fueron identificados 64 locales en desuso, muchos de los cuales se ubican en zonas céntricas y de alta densidad poblacional. La lógica del cubano y la tendencia general dictan que la más común entre las alternativas de «rescate» se limita a la inauguración de una TRD, donde la única novedad radica en el nombre y la ubicación. Claro, en Santa Clara el asunto ha tomado su propio rumbo, y a la rutina constructiva se añaden los parquecitos comunitarios, que pueden aparecer a tres pasos de una línea de ferrocarril o huérfanos de un retazo de sombra, en una isla donde el sol es pan nuestro de cada día.

Resulta mejor aprovechar los sitios disponibles, pero el tema pinta nubes grises al comprobar que en lugar de un mercado, un hotel o un edificio biplanta, hemos de conformarnos con más y más de lo habitual. Sin embargo, según las nuevas proyecciones de Planificación Física, los tiempos por venir deberán ofrecerte otras oportunidades a la urbe. A la pasividad de antaño de esta entidad, que confinaba gran parte de su papel a la actualización y gestión de las propiedades, se contraponen ahora un accionar que, a la vez, podrá intencionar los intereses de la ciudad y de los inversionistas potenciales.

Si aún quedan escépticos que cuestionan los cómo y los porqués de dicha cuestión, la respuesta a sus dudas también va de la mano con las carencias de ayer y de hoy. Mantenimientos postergados hasta la frontera del colapso o



reconstrucciones con mercurocromo —de esas que dejan colorete, pero más conflictos que soluciones— son el resultado de una compleja situación económica por la cual se priorizaron otros sectores de mayor impacto social y humano.

No obstante, la crisis de viviendas se mantiene como uno de los mayores dolores de cabeza de la población, por lo que la estrategia en la capital provincial apuesta por la reutilización

y acondicionamiento de solares yermos e inmuebles abandonados en beneficio de los cientos de familias que todavía no residen en una casa propia. La razón de peso: resulta más factible mejorar el fondo habitacional dentro del área urbana, dada la cercanía a la red de infraestructuras y servicios mínimos.

En las inmediaciones del Boulevard santaclareño hemos sido testigos del renacer de varios locales, aunque el «salvavidas» posee un denominador común: tiendas para la comercialización de productos artesanales, casi siempre muebles, peletería y otros accesorios, pues el Fondo de Bienes Culturales distingue entre los principales inversores. Planificación Física es la encargada de inscribir los inmuebles en el Registro de la Propiedad, como establece la Resolución 226, pero los organismos propietarios son los que deben realizar el proceso de dejación en caso de no poder asumir una reparación capital. Sin este paso legal, la venta a los interesados quedará paralizada.

Y en el caso de las edificaciones patrimoniales, ¿también pasan por el mismo filtro? Según establece la Ley de los Monumentos Nacionales y Locales, y en correspondencia con las funciones del Centro Provincial de Patrimonio, estos locales precisan de la orientación y regulación de dicha oficina, como forma de preservar los valores históricos, arquitectónicos y culturales. Sin embargo, en Villa Clara no existen brigadas especializadas en restauración ni escuelas de oficios adjuntas, así que la labor se complejiza en mayor cuantía. Resultado: edificios insignes como el hotel Florida agonizan a la vista de santos y pecadores, y ninguna empresa se atreve a adquirir un local cuyo remozamiento podría zamparse varios millones de la llamada moneda dura.

Lo cierto es que la fisonomía de la ciudad se adecua a sus habitantes, y evoluciona en función de nuevas metas y objetivos. El cuentapropismo irrumpió lo mismo en kioscos improvisados que en la puerta de las viviendas, y las familias crecen bajo un mismo techo, buscando su espacio a toda costa. Santa Clara envejece sin pausa, y el paso de los años se nota desde hace mucho.

Los errores, si es que merecen ese término, llevan el cuño de las circunstancias y de imposibilidades reales que nada tienen que ver con la voluntad de mejorar. Ya existen planes concretos de rehabilitación y, fundamentalmente, mayor integración de Planificación Física en aras de impedir el divorcio entre las acciones constructivas y su utilidad social. Hacer por hacer nunca será la respuesta a las necesidades del pueblo, ni la pasividad ante la ruina, en espera de épocas más generosas, un argumento justo para la ciudad.